



EN BUSCA DE UNA FEMINIDAD Y MASCULINIDAD NATURALES

Begoña González

Vivamos.

Entre las nubes blancas y los bosques escarlatas.

Cantando juntos.

Cantos de la gran Paz.

Poema chino

Perdimos el Norte o las raíces del patriarcado

Me alegra haber nacido mujer. Es algo grande, especialmente porque mi cuerpo alberga la posibilidad de generar nueva vida y de nutrirla. Como si la inteligencia de la Vida inscribiera en el cuerpo que habito una misión sagrada.

Como contraste, oí varias veces a mi madre mencionar, como si de una broma se tratara, una frase demoledora que había oído a su padre: “Más vale ser perro que mujer”. El hombre, republicano y de talante progresista, lo dijo cuando oyó a sus hijas quejarse del dolor menstrual con la lógica de que los perros (machos) no padecen ese sufrimiento; la frase encierra, no solo la falta de sensibilidad de nuestra cultura hacia el cuerpo de la mujer y sus ciclos, sino por extensión la falta de conciencia del tesoro de la fertilidad vinculado a la fuerza vital de la naturaleza.

Me parece claro que en algún momento en la cultura occidental perdimos el Norte, es decir, la conexión con la naturaleza, que como en todo ser vivo, rige nuestra existencia. Es esa desconexión natural la que encuentro en el origen del desaguisado patriarcal. El patriarcado es un paradigma, es decir, un modelo profundo socio-cultural y relacional, algo mucho más amplio y profundo que la situación de privilegio de los hombres en nuestras sociedades. Ese modelo se basa en la relación de dominación de unos y la sumisión de los otros, sea entre hombre y mujer, entre adulto y criatura, entre empresario y trabajador, entre ser humano y medio ambiente, etc. Ese tipo de relación incluye también la que tenemos con nosotras mismas, en el sentido de cómo solemos establecer la relación entre nuestras diferentes voces, aspectos y necesidades. Esa diversidad interna requiere también ser escuchada y tratada con cuidado y amor, de manera que nuestra parte más infantil e inmadura pueda ir sanando. En

definitiva, la desconexión con la naturaleza a la que pertenecemos incluye a un nivel profundo, la desconexión con nuestra esencia colaborativa y amorosa.

Me interesa comprender el nivel de impregnación y las derivaciones del paradigma patriarcal en nuestra vida cotidiana, para observar y revisar nuestras formas de relacionarnos con nosotras mismas, con los demás y especialmente con las criaturas. ¿Cómo nos hablamos y tratamos, desde el juicio y la imposición o desde la empatía y comprensión?, ¿cómo consideramos a los demás?, ¿cómo miramos a las criaturas e intervenimos con ellas, desde el adulto autoritario o sobreprotector (dos caras de la misma moneda) o desde la escucha y el reconocimiento?

Otro nivel es el que se refiere a la relación de poder, de dominación-sumisión, en función del sexo y el género de las personas. Parece ser que el género es una construcción social y cultural. Hace años leí las conclusiones de un estudio en el que se aseguraba que los adultos cogían a los bebés, les cambiaban el pañal, y les hablaban de forma diferente según fueran niña o niño. Por ejemplo, en este estudio se decía que mayoritariamente a los niños se les cogía o cambiaba el pañal con movimientos más rápidos y bruscos que a las niñas, se les hablaba de forma más seca, se les decían menos palabras cariñosas, etc. Esas actitudes diferenciadas mostraban, ya desde el comienzo de la vida, cuáles son los rasgos que se esperan de cada sexo, evidenciando las diferencias entre ambos. Esos modelos son integrados de forma temprana gracias a la enorme capacidad de aprendizaje inconsciente durante la primera infancia, de manera que podemos deducir que buena parte de las diferentes manifestaciones de los niños y las niñas son simplemente aprendidos y no naturales. Por otra parte, parece ser que algunas personas no responden a estos aprendizajes tempranos o bien que existen otros factores más complejos o sutiles implicados en el hecho de identificarse con un género o con otro.

Para algunas corrientes de pensamiento, la diferencia sexual es determinante para comprender las cualidades naturales y la psicología de las personas, es decir, determina diferencias emocionales y psíquicas.

Parece ser que no hay apenas estudios sobre las peculiaridades del cerebro en función del género o del sexo. En el documental "Trans", una psico terapeuta que trata a personas transexuales, insinúa que esas personas tienen un cerebro semejante al de las personas del género con el que se identifican, pero me pregunto si esa diferencia cerebral es biológica o no. Este territorio desconocido para mí, se me aparece como un gran misterio, me desborda la confusión y la ignorancia. En cualquier caso, lo que me conmueve y me importa es que hay personas que sufren por no sentirse identificadas con el sexo con el que han nacido. La incompreensión y la represión o auto represión de ese conflicto en su entorno familiar y social tiene consecuencias a menudo fatales. Reconociendo que biológicamente nacemos hombres o mujeres (excepto los casos en los que la biología dota de ambos sexos a una persona), la pregunta de si hay rasgos psicológicos realmente vinculados al sexo o todos los que en principio nos pueden diferenciar sólo son producto de nuestro potencial natural, la cultura y la educación, va perdiendo sentido. De una manera o de otra sabemos que en todo organismo vivo todos sus aspectos están interconectados, por lo que no se trata tanto de distinguir las partes como de comprender esas interconexiones, de conocernos globalmente.

Volviendo a las diferencias de género, ya no se trata tanto de si les regalamos camiones a los niños y muñecas a las niñas, las formas de vestir que les ofrecemos, etc., aunque todo esto tenga su importancia. Para mí se trata, sobre todo, de observar las diferencias de cómo nos

dirigimos a ellos y ellas por el hecho de ser niñas o niños, qué les proponemos a unos y otras, qué creencias tenemos vinculadas a su género (por ejemplo: “los niños son más movidos y las niñas más tranquilas”, etc.), etc. Puedo reconocer, que se dan círculos viciosos entre nuestras creencias y las manifestaciones de las criaturas, por lo que es muy fácil que, si nuestra creencia es que las niñas expresan más sus emociones, eso sea lo que traten de hacer mientras ellos tiendan a inhibirlas. El mensaje inconsciente es que eso es lo que nosotras esperamos de ellas y ellos y por tanto lo que deben hacer para ser aceptados y queridos. Esas creencias responden a ciertas experiencias del pasado que limitan nuestra percepción de la realidad presente y real (por ejemplo, yo como hombre he tenido dificultades por expresarme emocionalmente o como mujer no, o mi padre las tenía y mi madre no).

Otro asunto implicado y fundamental es el análisis psicológico de cómo el patriarcado ha afectado a hombres y mujeres; simplificando mucho, me parece claro que, entre otras cosas, ese sistema ha colocado a los hombres en una situación de poder y dominación, que no facilita que muestren su vulnerabilidad, su inseguridad y en general el flujo cambiante de sus estados emocionales, así como la sensibilidad hacia el cuidado del otro, etc. Por el contrario, facilita situaciones de insatisfacción emocional, de incomunicación y finalmente de abuso hacia el otro. En el caso de las mujeres el sistema facilita la actitud de sumisión, de cuidado del otro por encima de sí mismas y la dificultad por generar un criterio propio, por la toma de decisiones en función de su propio interés, la firmeza, la expresión de la rabia, etc. Me parece interesante en este sentido añadir que, en el caso de las mujeres, como todo colectivo sometido al poder y los privilegios de otro, el sistema patriarcal ha obligado a generar estrategias de rebelión y venganza respecto a los hombres (y a las otras mujeres vistas como competidoras), que actúan a un nivel a menudo inconsciente. Las mujeres no solo hemos sido víctimas del patriarcado sino también sus perpetradoras (además, sin la transmisión patriarcal de las madres, el patriarcado no se hubiera perpetuado). Los hombres no solo han sido perpetradores sino también víctimas. ¿De qué manera como hombres y mujeres participamos de ese modelo castrador patriarcal?, ¿hasta qué punto y de qué manera transmitimos a los niños y niñas que nos rodean estos mensajes?

Todos estos aspectos afectan, de una forma u otra, a nuestras criaturas. Abrirnos a la observación de lo que en cada caso, situación y momento se manifiesta, es lo que nos puede permitir valorar en qué medida estamos y están afectadas por las marcas patriarcales, no tan evidentes en nuestro ambiente educativo.

Pinceladas en busca de claridad; patriarcado, feminidad, masculinidad...

Dicen que el sistema patriarcal tiene ya unos 5000 años y que anteriormente se desarrollaron por todo el planeta sociedades matriarcales. Me interesa saber cómo pudieron haber sido aquellas sociedades, quizá algo es posible conocer a través de las escasas sociedades que hoy en día han sobrevivido a la influencia occidental patriarcal, capitalista e individualista, manteniendo un sistema de convivencia y organización más respetuoso y benéfico para las personas y el medio. Parece que en estas comunidades las mujeres organizan el trabajo y disponen el cumplimiento de la ley. Su opinión es respetada por todos y son admiradas por la valentía que muestran a la hora de tomar decisiones. “Son sociedades donde importa más el ser que el tener. Tienen en común el respeto por la tierra, y el hecho de que el cuerpo de la mujer, vinculado al amor y la fecundidad, es muy importante. Son sociedades amorosas que velan por el bien del grupo, donde la mujer tiene una dignidad y profundidad que aquí raras veces se ven”, dice Anna Boyé (foto periodista y antropóloga).

Más allá de estos raros ejemplos, ¿qué reflexiones podemos hacer hoy para ir reconduciendo la situación hacia un nuevo paradigma, partiendo de nuestra realidad personal, colectiva y socio-cultural? Ya no se trata, para mí, de volver a crear sociedades matriarcales, sino de revisar y generar una sociedad en la que la conexión y la colaboración entre las diversidades que se dan entre los seres humanos sean el eje que la vertebre.

Sabemos de datos históricos que hablan de las desigualdades entre hombres y mujeres que hoy nos parecen inimaginables. Después de largos años de imprescindible lucha feminista por la igualdad de derechos de las mujeres respecto los hombres, nuestra sociedad es más sensible, aunque la realidad diste mucho de ser equilibrada. El sistema patriarcal actúa en todos los ámbitos de la sociedad y ha sido apoyado en occidente (y allí donde la cultura occidental ha llegado), por un catolicismo altamente patriarcal vinculado al poder económico y político.

Seguramente por la necesidad de compensar las enormes injusticias, renuncias y sacrificios de muchas generaciones en el pasado, la ley del péndulo nos ha llevado al otro extremo; consciente o inconscientemente muchas mujeres hemos apostado por enfocarnos en la vida profesional y personal, renunciando o minimizando la experiencia de la maternidad y la crianza, el cuidado de las relaciones, de la comunidad en la que vivimos y nuestro entorno. En una medida u otra, muchas nos hemos confundido al emular un lugar patriarcal, de poder y dominación en la sociedad o en nuestros trabajos. La mayoría nos hemos visto en una situación de gran autoexigencia y tensión en el ritmo cotidiano, asumiendo a menudo buena parte del rol de “amas de casa” y cuidado de las hijas e hijos, además de un trabajo profesional que requería buena parte de nuestra energía.

En los años 60-70 nació el “feminismo de la diferencia” en oposición al “feminismo de la igualdad”. Me interesa especialmente este paso porque recupera el sentido y el valor de ser mujer; esa reivindicación de la diferencia, evidentemente, no aboga por la desigualdad de derechos y oportunidades entre hombres y mujeres. Plantea el valor de las diferencias que generan realidades y necesidades distintas, especialmente vinculadas a la posibilidad de la maternidad y subraya la importancia capital del vínculo con la madre, del vínculo de la madre con las hijas e hijos. Algo que en nuestro ambiente educativo es claro y reconocido. Por extensión señala también la importancia de la capacidad femenina (que no exclusiva de las mujeres), para el cuidado de las relaciones, algo que se establece naturalmente a través del vínculo materno.

Otra mirada valiosa desde mi punto de vista, es la de considerar los aspectos femenino y masculino de cada ser humano; ésta mirada se puede inspirar en la filosofía taoísta y su comprensión de la unidad como la complementariedad de dos aspectos opuestos, el ying y el yang, cada uno de los cuales incluye en parte al otro. En el taoísmo, esa realidad está en el origen de todas las cosas y explica el movimiento de la vida. El aspecto femenino (ying) sería el que nos aporta la receptividad, la conexión con lo sensorial, con la tierra, con las emociones, la capacidad de interiorización, la pasividad, la intuición, etc. El aspecto masculino (yang) sería el que nos aporta la capacidad para actuar, la firmeza y determinación, la exteriorización, etc. Según esta visión, cada ser humano tenemos ambos aspectos, en una predominancia diferente, en principio según seamos hombres o mujeres (aunque, como sabemos, no necesariamente siempre la predominancia de yang corresponde a los hombres y el ying a las mujeres).

Estoy convencida de que recuperar la sabiduría ancestral acerca de la verdadera naturaleza femenina y masculina, encriptada en las mitologías y los cuentos tradicionales nos puede ayudar en esa aventura del auto- conocimiento, desde la realidad actual de los hombres y las mujeres que somos. La simbología de los arquetipos contiene claves psicológicas que nos pueden ayudar a comprender las diferencias entre estos dos aspectos de la naturaleza en cada una de nosotras, al menos a la gran mayoría de las personas. Desde mi punto de vista la búsqueda de la feminidad y masculinidad profundas está siendo un proceso vivo, imprescindible e imparable.

Después de ese inicio de revolución protagonizada por las mujeres, los hombres comenzaron a reaccionar también ante la evidencia que las mujeres ponían encima de la mesa. En los años setenta, se empezó a hablar del “hombre suave” (que reconocía el valor de su aspecto femenino) y después del “hombre salvaje” (conectado con la naturaleza, que recuperaba la fuerza vital de su masculinidad sin perder su sensibilidad). Mi impresión es que cada vez más hombres están en ese proceso de búsqueda interna y quizá todavía falte espacio para oír sus voces, para que socialmente se visibilice también su sufrimiento dentro del sistema patriarcal.

Me parece interesante un texto, sobre la búsqueda de la masculinidad profunda, de Robert Bly, autor del libro “Iron John” (análisis psicológico del cuento “Juan de hierro”):

En los setenta, empecé a detectar por todo el país un fenómeno que podríamos denominar «el varón suave». Incluso hoy en día cuando hablo en público, más o menos la mitad de los varones jóvenes son del tipo suave. Se trata de gente encantadora y valiosa —me gustan—, y no quieren destruir la Tierra o dar comienzo a una guerra. Su forma de ser y su estilo de vida denotan una actitud amable hacia la vida. Pero muchos de estos varones no son felices. Uno nota rápidamente que les falta energía. Preservan la vida, pero no la generan. Y lo irónico es que a menudo se les ve acompañados de mujeres fuertes que definitivamente irradian energía. Nos encontramos ante un joven de fina sensibilidad, ecológicamente superior a su padre, partidario de la total armonía del universo y sin embargo con poca vitalidad que ofrecer. La mujer fuerte o generadora de vida que se graduó en los sesenta, por decirlo así, o que heredó un espíritu más viejo, desempeñó un papel importante en la creación de este hombre preservador, que no generador, de vida. Recuerdo una pegatina de los años sesenta en la que se leía: «LAS MUJERES DICEN SÍ A LOS HOMBRES QUE DICEN NO.» Sabemos que, hacía falta tanto valor para resistirse al reclutamiento, ir a la cárcel o exiliarse al Canadá, como para aceptar el reclutamiento e ir a Vietnam. Pero las mujeres de hace veinte años decían claramente que preferían al varón más suave y receptivo. De modo que el desarrollo del hombre se vio ligeramente afectado por esta preferencia. La virilidad no receptiva era equiparada a la violencia, mientras que la receptiva era premiada. Algunas mujeres enérgicas, tanto entonces como ahora en los noventa, elegían y siguen eligiendo a hombres suaves como amantes y, tal vez, como hijos. La nueva distribución de energía «yang» entre las parejas no se dio accidentalmente. Los jóvenes, por diversas razones, querían mujeres más duras, y las mujeres empezaron a desear hombres más suaves. Durante un tiempo parecía un buen arreglo, pero ya lo hemos experimentado lo bastante como para saber que no funciona.

Cuando los más jóvenes hablaban, no era raro que se pusieran a llorar a los cinco minutos. Me asombró la cantidad de dolor y angustia de aquellos jóvenes.

El hombre «suave» era capaz de decir: «Sé lo que estás sufriendo y considero tu vida tan importante como la mía, y cuidaré de ti y te consolaré.» Pero no podía decir lo que quería, y mantener su postura. Resoluciones de ese tipo eran tema aparte. En la Odisea, Hermes le

ordena a Odiseo que cuando se aproxime a Circe, que representa cierto tipo de energía matriarcal, levante o muestre su espada. En estas primeras sesiones, a muchos de los más jóvenes les costaba distinguir entre mostrar la espada y herir a alguien.

Pero mostrar una espada no implica necesariamente pelear. También puede sugerir una alegre firmeza. El viaje que muchos americanos han emprendido hacia la «suavidad», hacia la «receptividad» o hacia «el desarrollo del lado femenino» ha sido un viaje enormemente valioso, pero aún queda mucho por recorrer. No hay punto de llegada.

En este tiempo en el que parece evidente la necesidad colectiva (salvo en las personas que se resisten a perder sus privilegios) de quiebra y demolición del patriarcado en todos los ámbitos de la vida, se multiplican las formaciones y actividades colectivas en esa línea. En los circuitos más conscientes, se desarrolla la reconexión con nuestros ciclos naturales, la apertura hacia la expresión de las necesidades y tendencias diversas, las prácticas que apuestan por una expresión y comunicación cada vez más respetuosa y verdadera, etc. Más allá de esto, se me plantean interrogantes sobre hacia dónde queremos ir y de qué manera. Se abre un horizonte abierto y desconocido en el que trato de buscar respuestas.

Recientemente ha irrumpido una corriente que plantea lo que yo leo como “todo es posible” o “somos lo que queremos ser”, en cuestión de género. Han aparecido un sin número de opciones que tratan de ordenar, dar nombre y legitimidad a cómo se sienten e identifican las diferentes personas en cuanto al género: Transgénero, BiGenero, Drag-King, Drag-Queen, Andrógino, Gender Bender (Doblador de género), Tercer Sexo, Genderqueer, Pangénero, Transexual, Transpersona, Agender (Sin género), Género fluido, Hermafrodita, etc.

Esta necesidad de etiquetar las diferencias no es algo que me resulte enriquecedor, como en otros temas. Por otra parte, temo cierta intolerancia que he percibido cuando he tratado de reflexionar con algunas personas sobre este tema, como si fuera socialmente incorrecto siquiera plantear dudas sobre su idoneidad. Lo interpreto como una gran necesidad de libertad como reacción pendular a la represión y estrechez patriarcal.

Las dudas que me aparecen son sobre un futuro en el que la tecnología médica seguirá avanzando para modificar la biología y la genética de las personas, así como la reproducción, en función de sus deseos y necesidades. En general me parece muy osada esa postura del ser humano arrogándose el poder de dominar, controlar o modificar la naturaleza. ¿Dónde establecemos los límites? Valoro mucho también el aprendizaje que nos puede traer, a nivel profundo, jugar las cartas que nos han tocado, llegar al bienestar a través de lo que tenemos.

Por otra parte, estoy convencida de que un futuro mejor pasa por contemplar las realidades de todos y cada uno de los seres humanos, nuestras diferencias, peculiaridades y necesidades vitales. Y sin duda, la libertad y tolerancia actuales, disminuye el sufrimiento de las minorías que en otro tiempo y aún hoy, son duramente marginadas por su opción sexual o de género. Fantaseo con esperanza cómo en un futuro, quizá cercano, cada persona podrá explorar sus deseos y tendencias sexuales y de género con normalidad, sin complejos ni miedos y sin perjudicar a otros. Y probablemente descubriremos que en cada una existe un universo mucho más amplio y diverso del que nos permitimos y nos han permitido.

Me pregunto también y sobre todo en cómo afectan y afectarán a las criaturas esas nuevas realidades personales y familiares. Seguramente nos tocará tomar conciencia de que es un elemento importante a tener en cuenta cuando tratemos de percibir la realidad y los procesos internos de las criaturas.

Ante este panorama fascinante y abierto a partir del proceso de derrumbe del patriarcado, quizá sólo nos queda seguir poniendo conciencia sobre nuestro propio cuidado como personas y el cuidado de las criaturas, en tanto que seres humanos peculiares y únicos, centrándonos en la esencia de la humanidad que compartimos, más allá de nuestras diferencias.

Libros

-Textos y espacios de mujeres. Europa, siglos IV-XV. Milagros Rivera. Barcelona, Icaria, 1990; 2ª ed. 1995, 253 págs., ISBN 84-74426-168-6.

-Nombrar el mundo en femenino. Pensamiento de las mujeres y teoría feminista. Milagros Rivera. Barcelona, Icaria, 1994; 2ª ed. 1998; 3ª ed. 2003, ed. en e-book 2010, 264 págs., ISBN 84-7426-2364; ISBN: 9788-498881592,

-La diferencia sexual en la historia. Milagros Rivera. Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2005. 199 págs. ISBN 84-370-6118-0

-Coordinadora del manual de Historia Medieval: Las relaciones en la historia de la Europa medieval. Milagros Rivera. Valencia, Tirant lo Blanch, 2006, 493 págs. + CD-ROM. (Col. "Crónica"). ISBN: 978-84-8456-719-6. D.L.: V-4662-2006. E-book 2006, e-ISBN: 978-84-9985-181-5

-El fraude de la igualdad. Los grandes desafíos del feminismo hoy. Milagros Rivera. Barcelona, Planeta, 1997. (Col. "Documento"), 146 págs. ISBN 84-08 02224-5. 2ª ed. revisada, Buenos Aires, Librería de Mujeres, 2002, 128 págs.

-Iron Jhon: Robert Bly

-Más allá del héroe: Alla B. Chinen

-Fuego en el vientre. Sam Keen

-La nueva masculinidad: rey, guerrero, mago y amante. Robert Moore y Douglas Gillette

-La mente patriarcal. Claudio Naranjo

-Las diosas de cada mujer. Jean Shinoda Bolen

-Mujeres que corren con lobos: Clarissa Pinkola Estés

Películas:

-Tomboy. Celine Sciamma

-Larence anyways. Xavier Dolan

-Trans. Chris Arnold (documental)

-La suerte de Emma. Sven Taddiken

-La Fuente de las mujeres. Radu Mihaileanu

- Nadie sabe. Hirokazu Kore-eda
- Nadie quiere la noche. Isabel Coixet
- Mi vida sin mí. Isabel Coixet
- La vida secreta de las palabras. Isabel Coixet
- Mustang. Deniz Gamze Ergüven
- Amor. Michael Haneke
- Caras y lugares. Agnes Varda
- Los espigadores y la espigadora. Agnes Varda
- ¿Qué tienes debajo del sombrero? Iñaki Peñafiel, Dolores Barrera
- Amy. Asif Kapadia
- Janis. Amy Berg
- La vida en rosa. Olivier Dahan
- Chavela. Catherine Gund, Daresha Kyi (documental)
- Violeta se fue a los cielos. Andrés Wood
- Maudie. Aisling Walsh
- La buena esposa. Björn Runge
- Colette. Wash Westmoreland
- Bauhaus. Gregor Schnitzler
- La bailarina. Stephanie Di Giusto
- Isadora. Karel Reisz
- Pina. Wim Wenders (documental)
- Buscando a Vivian Maier. John Maloof, Charlie Siskel (documental)
- Marguerite Duras, Paris 1944. Emmanuel Finkiel

Auto observación sobre MICROMACHISMO en nuestras relaciones con las criaturas:

1. ¿He creído necesario explicar algo a una niña, sin que ella me lo pidiese, por el hecho de ser niña?
2. ¿ Considero a una persona que se ocupa de las tareas del hogar como una trabajadora más?
4. ¿He comentado a un amigo que se quedaba al cuidado de sus hijos: "Hoy te han dejado de niñera" o algo similar?
6. He dicho que yo "ayudo" en las tareas del hogar, asumiendo que el trabajo es de una mujer y yo estoy ayudando, no participando en igualdad.
7. Me he sentido incómodo y perdedor en alguna ocasión porque el sueldo de mi novia o mujer es más alto que el mío.
8. Asumo continuamente la heterosexualidad de las mujeres y de otros hombres.
9. En mi trabajo o entre mis amistades, solo propongo jugar al fútbol a los varones, dando por sentado que ellas no quieren jugar.
10. He pronunciado la frase: "Al final las más machistas son las mujeres".
11. Cuando el niño va al médico o de compras, lo acompaña su madre. Cuando el niño va al fútbol, lo acompaño yo.
12. He preguntado a mi sobrina si ya le gusta algún chico.
13. Considero que las labores domésticas de mi casa, cuidando de mis hijos o ayudando a mis mayores, siempre las va a hacer mejor una mujer.
14. He preguntado a alguna mujer que para cuándo los hijos cuando nunca se lo he preguntado a un hombre.
15. He pagado de forma sistemática mis cenas con mujeres presuponiendo que es lo que se espera de mí.
16. Hablando con un amigo he descrito a una mujer como "poco femenina".
17. Soy homosexual y he pronunciado la frase: "¿Cómo voy a ser machista si soy homosexual?", pensando que el machismo es únicamente un error de los hombres heterosexuales.
18. He usado la palabra "provocador" para describir el atuendo de una mujer.
19. He comentado que esas no son formas de hablar "para una señorita".
20. No me gusta salir con mujeres más altas que yo.

22. Me he negado vehementemente a aceptar palabras nuevas (estén aceptadas por la RAE, como "jueza" o "presidenta") sin pensar en que tal vez dan un sentimiento de comodidad y pertenencia a mi interlocutora.
23. Considero normal que en televisión los presentadores sean los ácidos y divertidos y ellas las guapas.
24. He hecho el comentario "Sara es una mujer fuerte" dando por hecho que considero que ser fuerte es un rasgo más masculino.
27. Nunca he hablado con mi hijo de feminismo.
28. Soy el dueño de un local público y he puesto el cambiador de bebés en el cuarto de baño de mujeres.
29. Invitado a comer en la casa de unos amigos, he felicitado a la mujer por la comida sin preguntar antes quién había cocinado.
30. Invitado a comer en la casa de unos amigos, me he dirigido al hombre para hacer preguntas sobre automóviles, dinero o deportes porque he deducido que a ellas no les interesarán esos temas.
32. Soy camarero y siempre pongo la bebida alcohólica al chico y la bebida sin alcohol a la chica, sin preguntar quién ha pedido cada una.
33. Soy camarero y siempre dejo la cuenta de la mesa al chico.
35. Intentando ser amable, he llamado "guapa" a una mujer a la que no conozco de nada.
37. Me he callado ante el comentario machista de un amigo.
39. Me refiero al conjunto de ciudadanos que buscan la igualdad como "las feministas", en femenino, asumiendo que es una lucha únicamente reservada a las mujeres.
40. He preguntado a una mujer cómo conjuga su vida profesional y su vida familiar, algo que jamás he preguntado a un hombre.